jean meyer

las mujeres cristeras

Reproducimos este fragmento de Jean Meyer (tomado del libro La cristiada, *Ed. Siglo XXI, México, 1978), por referirse al papel que jugaron las mujeres en un momento de la historia de México. Sin poner en duda el valor que demostraron las cristeras, cabría señalar, que su viva participación en* la cristiada *manifiesta también la mentalidad antirrevolucionaria que las animaba y la influencia determinante sobre sus conciencias y sentimientos de una iglesia extremadamente conservadora.*

La historia de la guerra, la de las batallas por lo menos, dedica la mejor parte a los hombres; porque no sólo han marchado al combate empujados por sus esposas, madres, hermanas, sino que además no hubieran podido mantenerse sin la ayuda constante de las espías, de las aprovisionadoras, de las organizadoras, sobre las que recaía todo el peso de la logística y de la propaganda. Las mujeres, naturalmente, son todo un problema: las muchachas, que festejan a los Libertadores y a las que Gorostieta teme como a la peste; las que los soldados "encuentran" en un pueblo, cuando están de paso y que les agradan. Anatolio Partida, a quien se reprochaba los éxitos de sus soldados (lejos de su Michoacán, Los Altos), respondía: "Traigo hombres, no jotos"; pero en total su vida es austera y se enmiendan pronto. Las mujeres de los soldados federales que han perecido suplican a los cristeros de Durango o de Zacatecas que se las lleven con ellos, y todos rechazan la tentación excepto Ignacio Serrano, jefe de Sombrerete, que atrae con eso la mala suerte sobre la Brigada Quintanar, hasta la expiación y el repudio.

Pero, si bien las armas "atraen a las mujeres como el imán al hierro", aquéllas no se ocupan únicamente de participar del reposo del guerrero, todo lo contrario. En efecto, eran las primeras en declarar la guerra, y los peores enemigos de los federales, que se lo pagaban con creces. En agosto de 1926, eran las más decididas en montar la guardia en las iglesias, y en todas partes los hombres, en Cocula, en Guadalajara, en Sahuayo, se limitan a desempeñar tímidamente un papel secundario, no enfrentándose al gobierno y a sus soldados más que para defender a sus compañeras. El alma de la resistencia en Huejuquilla fue María del Carmen Robles, que supo resistir al general Vargas, y cuyo martirio le valió una fama de santidad. María Natividad G. González llamada "la generala Tiva", era la tesorera de la Brigada Quintanar, mientras que la infatigable doña Petra Cabral, no contenta con dar sus hijos a la Causa, aprovisionaba en las barbas de los federales a los cristeros. Agripina Montes, "la Coronela", a quien los federales imaginaban a la cabeza de las tropas de la Sierra Gorda, no era quizá un caudillo guerrero pero organizó el alzamiento de Manuel Frías, en Colón, y lo propagó por toda la región con una energía absolutamente militar. "¡Y de veras, qué bien se portaron las mujeres! Nos iban siguiendo con los chiquititos. ¡Ah! ¡Cómo ayudaban las pobrecitas! ¡Se exponían a tantas cosas!" Sin hablar de las Brigadas Femeninas y de sus 25 000 militantes, en todas partes había una Lupita Chaire, como en Victoria, para remplazar al jefe civil que había sucumbido, y esta participación excepcional tomó la forma de una explosión brutal: las instituciones y las conductas se hallan con frecuencia sexualmente diferenciadas, y por más de un motivo se podría, a propósito de México, citar a Germaine Tillion en *Le harem et les cousins*. La mujer está en la casa, en la cocina y, en la iglesia, del lado de la epístola; el "paseo", la "serenata", la "vuelta" lleva de nuevo a la solidaridad de los sexos, pero esto no conduce sino a la intimidad amorosa. En tanto que los hombres ganan el dinero y hablan fumando, las mujeres, salvo las ancianas, que son más independientes, se encuentran unas con otras en la tienda, en la fuente, en el lavadero. Teóricamente, el amor propio y la valentía son valores masculinos; ahora bien, he aquí que la vergüenza la siente con tal violencia la mujer, en el momento de la crisis religiosa, que suele ser ella la que toma la iniciativa de la rebelión. ¿Se sentirá ligada más conscientemente a la Iglesia, que le atribuye responsabilidades materiales (la administración de los bienes de la parroquia, de los asuntos del párroco, de determinadas cofradías), que el hombre? Aquello mismo que constituye su inferioridad (su no participación en la dirección de los asuntos económicos y políticos) en tiempo normal, ¿constituirá su superioridad permitiéndole la rebelión unánime, inmediata? ¿Cuántas mujeres de generales y de políticos lucharon durante tres años, como otras tantas Penélopes, en deshacer por la noche lo que se hacía de día? ¿Cuántas, las que como la mujer del general Amaro, asistían al culto clandestino, milita-

ban contra el gobierno y se ocupaban de los huérfanos cristeros? Y con mayor razón en las clases populares. Ellas eran las que obligaban a los hombres a cargar con sus responsabilidades, avergonzándolos, y Anacleto González Flores elogió en ellas la fuerza principal de la Unión Popular. Este feminismo repentinamente consciente condujo incluso a la BB a querer dirigir la guerra, colocando a cada jefe de regimiento bajo la "protección" y el padrinazgo de una coronela. Gorostieta refrenó este ardor, limitándolo a las actividades esenciales de intendencia, finanzas, cuidados, propaganda y aprovisionamiento; pero se vieron algunos grupos femeninos que preparaban explosivos, enseñaban la acción directa. Miguel Gómez Loza, gobernador civil de Jalisco, insistía sobre el papel esencial de la mujer en el combate, y con razón, pues su irrupción en la historia le deparó un papel decisivo y con frecuencia primordial. En efecto, por encima de las apariencias, es el sistema matriarcal el que reina en todo el "Bajío real", en Jalisco, Zacatecas y Michoacán. En esta tierra de "machos", el hombre casado sigue obedeciendo a su madre y no toca a los bienes de su mujer; ¿no será el "machismo" la expresión de un complejo maternal, destinado a contrapesar este estado de infancia eterna? Existe obediencia efectiva del hombre y no sólo respeto exterior. La peor ofensa es decir a uno que no es un hombre o, lo que es lo mismo, mandarlo a joder a su madre; ahora bien, en 1926, la mujer le dice al hombre que no es un hombre desde el momento en que acepta tal atrocidad. La hermana le dice a su hermano de 15 años que no vale lo que "los defensores de la Causa de Dios", y así, no pocos pueblos quedaron prácticamente sin hombres, en tanto que las mujeres trabajaban la tierra para alimentar a los combatientes, o los seguían a la montaña. Esta mezcla de fe y de altivez en los dos sexos fue uno de los factores de la explosión